

Universidad Autónoma Metropolitana
Unidad Iztapalapa

Departamento de Sociología Área de Psicología Social

“Los Niños de la Calle y las Instituciones Asistenciales”

Tesina presentada para obtener el título de licenciado en Psicología Social

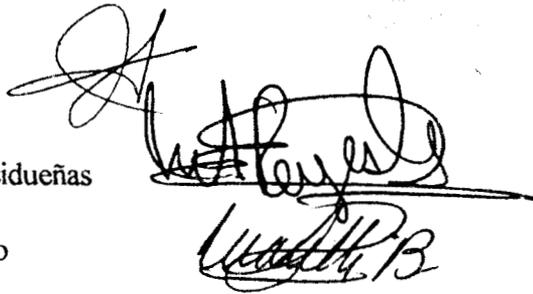
Alumna : Hernández Pérez Raquel

Matrícula : 87326198

Asesor: Lic. Jaime Peña Sánchez

Lector : Dr. Miguel A. Reyes Garcidueñas

Lector: Lic. Araceli Cuatle Bartolo

The image shows three handwritten signatures in black ink. The top signature is for Jaime Peña Sánchez, the middle one for Miguel A. Reyes Garcidueñas, and the bottom one for Araceli Cuatle Bartolo. The signatures are written in a cursive style.

México, D.F. a 27 de Diciembre de 1995.

INDICE

Introducción	3
Marco Teórico	8

Capítulo I

1. La infancia: una nueva categoría	10
2. El niño de la calle y su ruptura con el vínculo familiar	14

Capítulo II

1. El niño y la calle como libertad o evasión	19
2. El niño de la calle y la relación familiar imaginaria	22
3. Los niños de la calle y la educación	27
4. El niño de la calle y el sueño de una familia, su familia ideal	29
5. El grupo de niños de la calle	33

Capítulo III

1. Las Instituciones Asistenciales	39
2. Las Organizaciones no Gubernamentales	42
3. El programa para niños de la calle	44
4. Los educadores de calle	46
5. El niño y los educadores de calle	48
Conclusiones	52
Bibliografía	56

Introducción

Las instituciones asistenciales hoy en día han adquirido mucha importancia. Sobre todo con respecto de los niños de la calle, por ello creo que es importante al hablar de éstos, abordar el tema de su institucionalización o internamiento, puesto que ello representa si no el único, sí el más aceptado método de intervención al problema.

El principal objetivo de los programas que buscan ayudar a los niños de la calle, es conseguir que éstos se sometan a la normatividad que les impone la institución. La misma institución se propone como ordenadora del mundo y sus prácticas determinando lo que es y debe ser la relación con los demás. La institución establece un sistema de valores y normas que se presentan en formas de vida y en conductas reconocidas y valorizadas, su sistema se traduce en términos de socialización que intenta formar un cierto tipo de hombre, el cual no es otro sino el ideal propuesto por ella (Fischer, 1992, p. 176).

Los representantes de las instituciones asistenciales, comúnmente llamados “educadores de calle”, perciben a las instituciones de asistencia como mediadoras entre el niño y la sociedad. Consideran que su función como educadores consiste en preparar al niño en un trabajo desde la calle, para que acepte su internamiento, porque creen que sólo a través de la institucionalización el niño podrá ser capaz de reintegrarse a la sociedad.

Pese a los esfuerzos que se han hecho, las instituciones asistenciales no representan para el niño una alternativa para dejar la calle, aunque sí hacen menos difícil su supervivencia en ella. Le permiten tener contacto con el adulto y logra su satisfacción de necesidades afectivas y materiales.

El objetivo de éste es el análisis de la relación de “complicidad” que se establece entre los niños de la calle y los representantes de las instituciones asistenciales, gracias a la cual los primeros obtienen ciertos beneficios y los segundos justifican su existencia.

Objetivos

Analizar los procesos de interacción que se tienen para explorar el tipo de respuesta que dan los niños de la calle a las intervenciones de los actores de las instituciones asistenciales.

Indagar sobre los deseos y rechazos del niño de la calle en su relación con los adultos (sus padres, los otros como sustitutos o con quienes descargan su agresividad reprimida).

Limitaciones

Una de las limitaciones es el tiempo de que dispongo para realizar esta investigación. Debido a que no es posible estar en continuo contacto con los sujetos de estudio.

Las respuestas que dé el niño de la calle pueden estar de algún modo determinadas por mi persona porque yo también represento para ellos una institución asistencial.

Alcances

El conocimiento de los aspectos positivos y negativos de la relación niño-institución podría hacer que se aprovecharan mejor los recursos humanos y materiales con los que cuentan las instituciones asistenciales y que ello repercuta en métodos de intervención eficaces para mejorar las condiciones de vida del niño de la calle.

Justificación

Los niños de la calle representan un fenómeno social con dimensiones demográficas alarmantes. En América Latina se estima una cantidad de 100 millones de niños callejeros (Barcena, 1990 en Rodríguez, p.88).

México y Brasil son los mayores generadores de niños callejeros. Se estima que hay 15 millones en México (Calderón, 1990 en Rodríguez p.88) y 20 millones en Brasil (FUNABEM, 1983 en Rodríguez, p.88).

Este fenómeno se asocia con la crisis económica en la que se encuentran la mayoría de los países de América Latina y el Caribe, y en el caso de los países de la América Central además de esto se suman los conflictos armados que durante varios años han asolado esta región.

Estos conflictos dejaron un gran número de niños refugiados o niños desplazados y lo siguen haciendo. De 1984 a 1989 en Guatemala y el Salvador, más de dos millones de personas habían abandonado su lugar de residencia; y de los dos millones de menores de cinco años que había en Guatemala, 100,000 niños perdieron a su padre, a su madre o a ambos (Espert, 1989, p.14). Por esto, cuando se quiere estudiar a los niños de la calle es importante considerar el contexto económico, político y social en el que se encuentran.

Ahora bien, no todos los niños de la calle son iguales. Se distinguen dos grupos: los niños **en** la calle y los niños **de** la calle. A pesar de que los dos comparten el mismo contexto de pobreza son diferentes entre sí.

El niño **en** la calle "es un menor de edad, que trabaja consiguiendo algún ingreso para su familia. Conserva todavía como eje principal su vida familiar, su escuela y comunidad" mientras que el niño **de** la calle "es la persona menor de edad que percibe la calle como su hogar y como su hábitat, donde consigue los satisfactores básicos. Minimiza o incluso pierde completamente los vínculos con su familia y escuela, trabajo y comunidad de origen. Vive en y del medio callejero por completo" (Rodríguez, 1993 p.86).

Consideraré entonces, sólo el grupo de niños de la calle, el estudio de su cultura, una "cultura de la calle" es uno de los aspectos menos explorados de este grupo (Padilla, 1991, p.44) quizás porque a ambos grupos se les ha tratado indistintamente y los niños de la calle han quedado subsumidos en los niños en la calle.

En el Distrito Federal no se sabe con certeza el número de niños de la calle. Hasta 1992 había 1,550 según el censo realizado en ese mismo año por el Departamento del Distrito Federal (Programa de Atención al Niño Callejero de la Ciudad de México, 1992, p.7).

La institucionalización fue y sigue siendo la respuesta para el niño huérfano, el niño maltratado, los niños abandonados por su familia, los víctimas de los conflictos armados o los infractores. Todos ellos son puestos en orfanatos, correccionales, centros de reeducación, cárceles juveniles y otras denominaciones que se traducen en encierro, segregación, marginación social o sometimiento a las normas como fin y no como un proceso de socialización normal (Espert, 1989, p.7).

Las propuestas de solución para el problema de los niños de la calle también van en esa dirección. Actualmente existen muchas instituciones pro-niño callejero, cada una con ciertas variantes, optan por internar al niño de la calle en un lugar donde pueda encontrar una alternativa de vida diferente. Algunas de estas casas-hogar tienen lo que aparentemente el niño necesita, afecto, techo, alimento, escuela y diversión. Sin embargo parece que una vez que el niño ha probado el vivir en la calle, la libertad de hacer lo que quiere en el momento que lo desea, es muy difícil que acepte vivir bajo cierta normatividad, como dice Padilla "el niño callejero se resiste al encierro físico y psíquico de la vida <<civilizada>> rechaza vivir bajo un techo y cuatro paredes, sometido a las limitaciones de tiempo, de lugar y acatando reglas" (Padilla, 1991, p.45).

Por otro lado, las políticas pro-niñez tratadas en congresos internacionales tienen un trasfondo humanitario-caritativo que sin ser del todo negativos, han venido a ser sólo paliativos, porque no representan un reconocimiento o una mejoría en la posición de la infancia frente a las estructuras de poder. Las leyes nacionales e internacionales hasta ahora sólo se han quedado en el discurso (Rodríguez, 1993, p.93).

La institucionalización del niño de la calle no ha mostrado ser una solución real al problema, quizás porque se ha desestimado el trabajo en la calle, porque no admitimos que la comprensión de la cotidianidad del niño es absolutamente indispensable y cuando incursionamos en lo cotidiano del otro queremos comprenderlo desde nuestra propia concepción del mundo producida en nuestra cotidianidad (Freire, 1985, p.27).

Si lo que afirma Freire es cierto, podemos empezar a entender por qué los programas que actualmente se aplican, y que sugieren el internamiento del niño, han resultado un fracaso. A pesar de que tanto los niños de la calle como los representantes de las instituciones asistenciales conocen de este fracaso se mantiene esa relación que beneficia a ambos, pero que no implica una mejora sustancial en las condiciones de vida del niño callejero.

De ahí la importancia de conocer y analizar las relaciones que se establecen entre los actores de las instituciones asistenciales y los niños de la calle para, por un lado, desentrañar las intenciones que a través de los proyectos persiguen las instituciones, y por otro, indagar el por qué los niños de la calle no rechazan pero tampoco aceptan totalmente a dichas instituciones.

En esta investigación voy a basarme en la teoría del proceso de interacción niño de la calle-adulto de Uve Ducker, quien sostiene que es fundamental conocer cómo se da dicha relación y sus implicaciones en los métodos de intervención de las instituciones asistenciales para el problema de la niñez callejera, desde una perspectiva psicosocial.

Para realizar esta investigación consideré emplear un método cualitativo porque permite conocer la vida de un grupo, las formas prácticas y efectivas de comprender el mundo que los individuos construyen. También nos da acceso a los significados de los otros en un periodo razonable (Schwartz, 1984, p.90).

Se utilizará también la técnica de observación participativa pues permite que el investigador tenga un mejor conocimiento del grupo, reconstruya las experiencias personales, únicas, la historia y los problemas de cada uno de los individuos y posteriormente pueda saber a qué miembros del grupo es posible entrevistar cuándo y sobre qué.

También se utilizará la entrevista porque se complementa con la observación participativa ya que constituye una fuente de comparación, comprobación o contrastación de la información que proporcionan los individuos. La entrevista permite conocer la secuencia temporal de los acontecimientos, los contextos sociales en que ocurrieron, la interpretación que le dio el individuo y el proceso que siguió hasta pensar y comportarse en la forma en que lo hizo. Con la entrevista se intenta reconstruir un escenario social tal y como existió para el individuo en algún momento dado.

Debido a que las preguntas directas resultan amenazantes para los miembros del grupo de niños de la calle, se utilizará la entrevista no estructurada, la cual consiste en definir los temas que se quieran tratar y formular las preguntas a los individuos durante la conversación y de acuerdo a las respuestas que el entrevistado vaya dando.

Aunque se seleccionó a los informantes claves del grupo no fue posible aplicarles la entrevista en forma individual porque dejaron el grupo.

Los datos que se presentan en este trabajo han sido obtenidos en el proceso de interacción con el grupo de estudio, y en su propio contexto. La entrevista se ha realizado en forma grupal, es decir, se hace una pregunta o se plantea un tema para que los miembros del grupo sin sentirse cuestionados en forma individual, puedan expresarse libremente.

Capítulo I

1. La infancia una nueva categoría

Actualmente no existe consenso en cuanto a la edad en que a alguien pueda considerársele niño. La Organización Internacional del Trabajo y la División de Población de las Naciones Unidas designan como niños a todos los menores de 15 años; sin embargo la Convención sobre los Derechos del Niño de 1989 establece que un niño es todo ser humano menor de 18 años salvo que, en virtud de la ley que le sea aplicable, haya alcanzado antes la mayoría de edad (La infancia y el medio ambiente el medio ambiente UNICEF, 1990, p.5).

Lo cierto es que la infancia no es una categoría de tipo ontológico, sino el resultado de un complejo proceso de reconstrucción social que la “descubre” en la conciencia colectiva alrededor del siglo XVII (García, 1992, p.10).

En la sociedad medieval, el sentimiento de la infancia no existía, lo cual no significa que los niños estuvieran descuidados, abandonados o fueran despreciados, sino que no había una conciencia de la particularidad infantil que distingue esencialmente al niño del adulto. Por esta razón, en cuanto el niño se hacía independiente de su madre o nana, pertenecía a la sociedad de los adultos y no se distinguía ya de ellos (Aries, 1973, p.178).

Desde el nacimiento del niño, lo “público” y lo “privado” se hallaban entrelazados con fuerza, ya que su condición dependía, precisamente tanto de lo uno como de lo otro. El niño venía al mundo en un lugar privado, en la habitación de sus padres, pero en medio de una asistencia de parientas y vecinas que convertían su nacimiento en acto público (Gelis, 1989, p.313). Progresivamente se fue pasando de lo privado a lo público y coincide con la voluntad del poder político y religioso de controlar al conjunto de la sociedad. Y las nuevas estructuras educativas, en particular la de los colegios, cuentan rápidamente con la adhesión de los padres. Estos se convencen de que su hijo está

siempre a merced de instintos primarios que es preciso contener y de que es importante “someter sus deseos al gobierno de la Razón”. Por lo tanto, llevar a un niño a la escuela significa sustraerle a la naturaleza . La nueva educación debe su éxito a que conforma los espíritus y, al mismo tiempo, responde a las exigencias de un individualismo que se acrecienta día con día.

Aparece una noción moral que hace diferencia entre el niño escolar y lo pondrá aparte: la noción del niño bien educado. Esta noción provino de las opiniones reformadoras de una élite de filósofos y moralistas que pertenecían a la Iglesia o al Estado. Este niño bien educado sería preservado de la rudeza y el descuido, que se convertirían en las características de las clases populares y de los pícaros.

Esto antes no fue así, porque durante siglos el cuerpo social único había incluido toda la variedad de edades y condiciones sociales, La fortuna se codeaba con la miseria, el vicio con la virtud, el escándalo con la devoción. Esta mezcolanza era propia de la diversidad de la sociedad y se aceptaba en forma natural. Pero a partir del siglo XVIII la burguesía ya no pudo soportar la presión de la multitud ni el contacto con el pueblo, y se organizó por separado en un medio homogéneo, habitando en viviendas provistas para la intimidad, en los barrios nuevos protegidos de toda contaminación popular. La superposición de desigualdades, antes tan natural, se volvió intolerable para la burguesía.

Esta nueva sociedad con espacios perfectamente privados y delimitados, garantizaba a cada género de vida un espacio reservado donde todos estaban de acuerdo en respetar las características dominantes, que se proponían como un tipo ideal del que no había que alejarse, bajo pena de exclusión (Aries, 1987, p. 543-544).

El que existiera un “sentimiento de la infancia” en el siglo XVIII, ha de interpretarse como síntoma de una profunda transformación de las creencias y de las estructuras mentales, como signo de un cambio sin precedentes de la conciencia de la vida y del cuerpo en Occidente. A una concepción de la vida que era la de la estirpe y la comunidad la sustituyó otra: la de la familia nuclear. A una condición en la que “público” y “privado” desempeñaban su papel en la formación del niño, siguió otra que amplía los derechos de la madre y sobre todo del padre sobre su hijo. En un clima de creciente individualismo, mientras que se trataba de favorecer el desarrollo total del niño, la pareja, alentada por la iglesia y por el Estado, delegó parte de sus poderes y responsabilidades en el educador (Gelis, 1989, p.328).

Una vez presente la infancia como una categoría en la conciencia social, se establecieron diferencias entre los que tienen acceso a la escuela y los “otros” para los cuales se hace necesario construir una instancia específica de control y socialización (Aries en García, 1992, p.12).

Los niños de la calle se encuentran en esta última categoría, pertenecen al grupo “anormal” o “desviado”. Desde esta perspectiva, la carrera desviante de los niños callejeros no sólo se rige por la pobreza de su grupo de origen, sino por el tipo de estructura familiar a la que pertenecen, por su fracaso en el acatamiento de las reglas y el abandono del sistema escolar (Rodríguez, 1994, p.157).

A partir de la institucionalización de la escuela se definen distintos tipos de infancia. Los niños cuyo espacio es la calle, fueron incluidos en la categoría de infancia delincuente (Varela y Alvarez en Rodríguez, 1994, p.157). Esa categoría se construye en oposición a la infancia normal reglada y no peligrosa que frecuenta la escuela, considerada como espacio anti-calle.

Por esta razón, al niño callejero se le asocia con conductas ilícitas y se perciben como una amenaza social en potencia, porque la calle, lugar en que permanecen, se concibe como el lugar de la degradación moral, porque en ella no prevalecen las distinciones convencionales de lo legal o ilegal,

moral e inmoral. Es verdad que en la calle han sido víctimas de violencia cotidiana, abuso sexual y tráfico de drogas pero la historia personal de cada uno de ellos también registra la violación de sus derechos humanos y el padecimiento de los males que afligen al conjunto de la sociedad. Su habilidad para adaptarse dentro de la economía y la sociedad, su resistencia ante los intentos de comprenderlos y reformarlos son el resultado de una cultura que se ha venido forjando frente a un sector de la sociedad empeñado en aplicar viejas fórmulas de regeneración para las clases andrajosas y peligrosas (Padilla, 1991, p.45).

Desde esta concepción, se hace necesario la creación de instancias para dar un tratamiento especial a esta clase de a “veces niños” porque, las expresiones “niño”, “adolescente” en la literatura tradicional más que referirse a aspectos de tipo biológico-cronológico, se refieren por lo general a cuestiones de tipo ideológico. Así la delincuencia es casi siempre “juvenil”, la protección en cambio se ejerce sobre la infancia (García, 1990, p.1). Por ejemplo es común que por un lado, se hable del niño de la calle, y por otro, del menor infractor y se les trate como a grupos distintos que no guardan ninguna relación entre sí. La sociedad misma no los relaciona y reclama que el Estado castigue a los menores delincuentes y reclama también que el mismo Estado ayude a los “pobres niños de la calle”. Dada esta situación el niño callejero se desenvuelve en una esquizofrenia institucional, padece el maltrato del poder judicial, por lo que trata de esquivarlo, y se acerca a las instituciones asistenciales de las que busca obtener el mayor provecho.

2. El niño de la calle y su ruptura con el vínculo familiar

El niño de la calle “es la persona menor de edad, que percibe la calle como su hogar y como su hábitat, donde consigue los satisfactores básicos. Minimiza o incluso pierde completamente los vínculos con su familia y escuela, trabajo y comunidad de origen. Vive en y del medio callejero por completo” (Rodríguez, 1993, p.86).

Es difícil obtener datos reales acerca del niño de la calle. Las cifras que a continuación presento fueron obtenidas del censo que realizó el Departamento del Distrito Federal a través de la Dirección de Protección Social en 1992. Este censo abarcó solamente a los niños de la calle de la Ciudad de México. Seguramente algunas de estas cifras ya no corresponden a la realidad de 1995, pero no se cuenta en la actualidad con otro censo y sean o no éstas exactas es lo único que tenemos.

Según el censo, el número de niños de la calle en el Distrito Federal no excede a los 1,550. El 60% de la población se encuentra entre los 6 y 14 años de edad y un 72% de ellos son varones.

El 70% son oriundos de la Ciudad de México. La mayoría de ellos tiene más de un año viviendo en baldíos, casas abandonadas o respiraderos del metro. Los niños de la calle rara vez se desplazan de una zona a otra; por lo general se mantienen en un territorio que les es propio y seguro.

Su condición física es precaria, el 67.7 % padece enfermedades respiratorias y el 20.7% de los mismos padecen enfermedades gastrointestinales.

En cuanto a su escolaridad el 70% tiene algún grado de primaria, el 12% algún grado de secundaria y el 18% no tienen ningún grado de escolaridad.

Lo que ellos reportan como las causas de salida de su hogar son, maltrato por parte de sus padres en un 36%, indiferencia por parte de los mismos 32%, búsqueda de aventura 12% y por ayudar a su familia 11%.

El 14% de los entrevistados reportó el maltrato de que son víctimas en la calle, el cual proviene en un 39.4% del poder judicial, 39.3% de la gente en general y el 17% de amigos y compañeros.

Con respecto a la actividad económica que desempeñan para su manutención, la mayoría reportó la mendicidad en primer término y en segundo lugar la realización de actividades marginales de la economía informal (payasitos, cantantes, lanzafuegos).

El Problema de los niños de la calle está estrechamente relacionado con la pobreza. Algunos de sus efectos se han visto en el fenómeno de inmigración rural-urbana que se puede observar en toda América Latina.

En México el proceso de urbanización ha transformado al país y se ha caracterizado por ser altamente selectivo, al favorecer el crecimiento de unas cuantas áreas urbanas, principalmente las ciudades de Monterrey, Guadalajara y México. Hasta principios de la década pasada se siguió un modelo de desarrollo apoyado en la concentración de las actividades económicas en estas zonas urbanas favoreciendo en general a las regiones Centro y Norte respectivamente.

Familias completas de las zonas rurales fueron emigrando a las grandes ciudades con la esperanza de lograr en ellas, mejores condiciones de vida. Este fue un proceso constante y hasta natural durante décadas. Pero conforme las ciudades fueron creciendo el problema de vivienda y trabajo se fue recrudeciendo.

Según los datos del XI Censo General de Población y Vivienda existen alrededor de 46,7 millones de habitantes viviendo en las ciudades, esto corresponde a más de la mitad de los habitantes de todo el país (Diagnóstico Nacional, 1993, p.12).

Las familias inmigrantes en su mayoría viven en la periferia de la ciudad, en lo que ahora se conocen como “cinturones de miseria”.

Ahora bien, vivir en el entorno de las ciudades implica una escisión entre espacio laboral y espacio residencial. Por un lado, la segregación espacial de la pobreza expulsa a los sectores de bajos ingresos a la periferia de las ciudades, hacia los terrenos de escaso valor y pobre infraestructura de servicios. Por otro, la inserción laboral de los pobres, vinculada a la llamada economía informal, los impulsa en un movimiento inverso hacia los lugares céntricos de las ciudades. Trayendo como consecuencia que los pobres urbanos se vean en la necesidad cotidiana de tener que salvar la segregación espacial para asegurar la subsistencia. Es en este punto donde surgen los menores deambulantes (Ariza, 1994, p.92).

Aunque el niño de la calle proviene de los grupos marginales urbanos de la ciudad de México, la pobreza no es la única causa de su salida de la casa paterna. La pobreza por sí sola no arroja a los niños de sus hogares, de ser así, tendríamos a la mitad de la población de la República Mexicana viviendo en las calles.

Ariza (1994, p.96) menciona que dentro de un mismo contexto de pobreza se generan respuestas con consecuencias distintas para los menores como subpoblación vulnerable. Ella considera que es en la interacción cambiante entre ciclo vital de la familia y pobreza donde se encuentra la base de las diferentes estrategias de supervivencia de los menores de la calle.

Buvinic y Yossef (1982, 1988 en Ariza, p. 96) encontró en su estudio, que las familias nucleares a las que pertenecen los niños de la calle son familias incompletas, familias que cuentan con uno solo de los padres, o familias integradas por padrastros o madrastras. En las familias incompletas sobresale la jefatura femenina. El incremento de la jefatura de hogar femenina con la edad, en contextos de pobreza tiende a ser mayor.

La mayor desventaja relativa de los hogares pobres dirigidos por mujeres supone para los miembros de las familias, diferentes estrategias para afrontar la pobreza. El recasamiento suele formar parte de estas estrategias, principalmente cuando las mujeres jefas se encuentran en una etapa temprana del ciclo (Buvinic, Youssef, 1994, en Ariza, p. 98).

Juárez en su investigación con niños de Brasil encontró que el 79.9% de los menores de la calle nacieron cuando sus madres se encontraban en su segundo o tercer estadio de la trayectoria familiar, (Juárez, 1991, en Ariza, p.100).

Rodríguez dice que el 92.6% de los niños de la calle en Coatzacoalcos provenían de familias con cambios frecuentes de pareja en padre y/o madre (Rodríguez, 1993, p.143).

Ahora bien, considerando que la permanencia del niño en el hogar depende fundamentalmente del vínculo madre-hijo, y que es este el que hace posible la residencia conjunta de ambos. Es a través de la diada niño-familia que se define la relación niño-familia (Juárez, 1994 en Ariza, p. 99). La salida del menor del hogar supone la ruptura de esta co-residencia, a la vez que un distanciamiento -cuando no la escisión- del vínculo madre-hijo. Si bien, la importancia del vínculo madre-prole es un valor cultural universalmente compartido, en los hogares pobres con jefatura femenina se le da a tal relación una mayor importancia. Y sea que contraigan o no nuevas uniones, las mujeres de estos sectores se encuentran con frecuencia en la situación ineludible de responder económicamente por los hijos de la o las uniones previas (Buvinic, 1994 en Ariza, p. 100).

Las desventajas de la mujer en el mercado de trabajo, y la gran responsabilidad económica que implican los hijos de nuevas uniones, aumentarían los riesgos de ruptura en la residencia conjunta con algunos de ellos, principalmente los varones de cohortes recientes. Con la ruptura, la sobrevivencia del menor dejaría de lograrse a través del vínculo madre-hijo, obteniéndose en su

lugar mediante la relación niño-niños. De esta manera surgiría el trabajo infantil en su expresión individual (Ariza, 1994, p.101).

Podemos decir entonces que, la probabilidad de salida del niño tiene que ver con un conjunto de factores contextuales, familiares e individuales que convergen y dan lugar a su extraterritorialidad. Los primeros provienen de la situación general de carencia de recursos que define la pobreza; los segundos, de la tendencia a la formación de familias incompletas y la gran importancia que se le da a la relación madre-hijo sobre otras relaciones; los terceros, de las características sociodemográficas de algunos miembros del hogar, particularmente el sexo y su posición en el orden de nacimientos (Ariza, 1994, p.101).

El maltrato es otro factor que es necesario señalar y que está relacionado con el tipo de familia del niño de la calle. En los testimonios de los chicos de Taxqueña, se puede observar una relación entre cambio de pareja y maltrato del menor, el padre o madre sustituto no acepta a hijos procreados en otra relación, lo cual produce enfrentamientos en el seno familiar. Esto no significa que el maltrato no provenga muchas veces también de sus verdaderos padres.

En estos casos cuando la madre tiene que elegir entre sus hijos y su pareja, generalmente escoge a su pareja.

Una vez que el niño sufre la ruptura entre ámbito residencial y ámbito familiar, éste queda a merced de otras relaciones. Una de éstas es el grupo de menores que al igual que él han hecho de la calle, su lugar de residencia. Otras, son sus relaciones con las instituciones asistenciales, el poder judicial y la sociedad en general. Con cada una de ellas desarrolla una relación diferente.

Capítulo II

1. El niño y la calle como libertad o evasión

Los niños de la calle son vistos como personas con una especial capacidad creativa, por las habilidades que posee frente a la vida, presteza, astucia, viveza o insolencia. Sin embargo aunque esto es cierto padecen de un deficiente desarrollo emocional, cognitivo y social (Ducker, 1991, p.19). El niño se desenvuelve muy bien en la calle pero en otro ambiente, en una situación nueva y desconocida, se vuelve dependiente y necesitado de acompañamiento. “La calle solamente les enseña a sobrevivir en la calle; no les enseña como se aprende a sobrevivir en otras etapas y situaciones de la vida” (Basilica, 1989,p.123).

El niño de la calle está consciente de que posee habilidades que un niño viviendo en una familia no tendría, se sabe independiente y hace alarde de la libertad que posee en la calle como si fuera un privilegio que no todos pueden tener. Para el niño de la calle esta libertad significa un rechazo a la autoridad, pues cada vez que se le cuestiona acerca de lo que implica esa libertad, hablan del control que pueden tener sobre sus vidas, de ese no tener que obedecer a nadie, por lo menos no a un líder oficial, y poder hacer casi cualquier cosa sin pedir permiso a nadie.

Parece que “libertad” es un concepto que ellos han resignificado y con el cual pretenden explicar a sí mismos y a los demás porqué permanecen en la calle, además de que es parte de un discurso creado colectivamente porque coincide enormemente de niño en niño. La siguiente expresión engloba dicho discurso: “En la calle soy libre, puedo dormir cuando quiero, comer cuando tengo hambre, irme de reventón si quiero. No volvería a mi casa porque: ¿qué es eso de que te digan que

tienes que tender tu cama? Me gusta estar en la calle, hago lo que quiero y cuando quiero y nadie me manda”.

El niño de la calle se niega inconscientemente a aceptar que las razones por las que dejó su casa generalmente no tienen que ver con el cumplimiento de quehaceres que un niño normalmente debe realizar. Las causas de su salida son mucho más dolorosas y quizás por ello en un intento de evadir el dolor y ante la imposibilidad de regresar a su casa, sobrestima la calle y se presenta a sí mismo como un individuo independiente y privilegiado por estar en ella. Pero se trata de una independencia, no buscada ni conquistada por ellos.

Esa independencia es contraparte de una carencia profunda; es impuesta y asumida a la fuerza. Se trata de una autonomía que es producto del dominio de cierto medio, pero que se limita exclusivamente a la vida en la calle (Basilica, 1989 p.123). Además con respecto a la calle manejan un doble discurso. Uno, como ya mencionamos, relacionado con el concepto de libertad con toda la connotación positiva que el niño le imprime. Pero otro muy distinto por cierto, se refiere a lo difícil que resulta vivir en ella.

“La calle por un lado me gusta, porque ahí nadie te dice nada, puedes hacer lo que quieras. Pero por otro lado no me gusta, porque te tienes que quedar en el suelo y entre la basura y además pasas mucho frío bueno que cuando nos pasamos de chemo ya ni sentimos”.

“En la calle la vida te da muchos golpes (señalando una herida), la calle enseña mucho, deja experiencia, además siempre hay que cuidarse mucho”.

Durante un juego al pedirle a uno de ellos que completara la frase “Si yo pudiera vivir mi vida otra vez ...” él contestó: “Sería un buen muchacho, no me saldría de mi casa, no le haría a la droga, todo sería diferente, no estaría en la calle”

Cuando el niño de la calle habla de la que fue su casa se expresa como si solamente dependiera de él permanecer o no en ella. Como si él hubiera decidido dejarla, pero eso no es cierto, a él lo echaron y no es verdad que puede regresar con sus padres en el momento que lo decida, él niño quiere creer que es así y actúa en consecuencia buscando periódicamente a sus padres pero a su casa sólo puede ir de visita, no son pocos los chavos que han relatado como sus propios familias les han rogado que ya no regresen más.

A pesar de esto a la institución familia se le cubre con un halo mágico que todo restaura, entonces las instituciones asistenciales promueven el regreso del chico a su casa creyendo que el encuentro va a ser satisfactorio por el simple hecho de que se trata de la familia del chavo negando los procesos que se han dado tanto en la familia que ya no cuenta con uno o más de sus miembros, como en el miembro o miembros que han vivido en la calle. Procesos tan distintos que hacen en la mayoría de los casos imposible la convivencia, “el niño concretó la definitiva separación de su familia cuando tuvo que cambiar obligatoriamente su socialización familiar por la socialización en la calle” (Ducker, 1991, p.71) .

¿Bajo que supuestos se puede creer que un niño que tuvo que abandonar su casa como un intento de supervivencia y después de haber pasado años en la calle, elaborando su vida según las circunstancias puede regresar a su casa y continuar su vida como si nada trascendental hubiera pasado? y la familia ya no digamos quiere sino ¿puede aceptar otra vez a sus miembros cuando para algunas familias la estancia de sus hijos en la calle significa un alivio económico o la “armonía” con el cónyuge?.

2. El niño de la calle y la relación familiar imaginaria

Muchos niños de la calle viven con graves daños psíquicos y sociales que deben atenderse ya sea en forma individual o grupal. Desgraciadamente cuando existe el deseo de ayudarlos se hace a través de interpretar sus modos de ser, pero se ignoran los daños que han sufrido (Ducker, 1991,p.9). Estos daños tienen relación con el origen del niño, muchos de ellos provienen de familias con ausencia del padre o la madre, familias con problemas de violencia, alcoholismo o drogadicción, hogares de los cuales los niños guardan dolorosos recuerdos.

Muchas veces el niño de la calle enfrenta la vida como un adulto, pero necesita satisfacer sus necesidades como niño porque “la infancia no sólo es el tiempo de preparación al estado adulto, sino un estado en sí, específico, que debe preservarse y desarrollarse” (Mendel, 1971,p.220). Pero cómo disfrutar de ese estado cuando el niño sabe que él es el único responsable de su vida y que debe conseguir todo lo necesario para sobrevivir. A pesar de esto, cuando tiene oportunidad discretamente se permite a sí mismo ser niño.

Pancho un chico de 15 años al ver que yo tenía un cuento infantil para una niña de cinco años que a veces está con ellos, se sentó junto a mí y me dijo “a ver como que tú me contabas el cuento, así como que me lo cuentas”. Mientras yo avanzaba en mi relato, se acercó otro chico a escuchar la historia, los dos permanecieron escuchándome hasta que terminé de leer. De reojo miraba la expresión de sus rostros a veces de asombro, de enojo o alegría según el momento de la historia
Los tres cochinitos y el lobo feroz.

Puesto que el niño de la calle pierde contacto con su familia real cuando se acerca a ella, lo hace aceptando su papel de visitante, él mismo se provee de una familia imaginaria.

Buscan el contacto físico y la ternura del adulto, les agradan las bromas en las que se les trata como niños pequeños con su mamá o papá, por ejemplo, pueden permanecer un rato escuchando una canción de cuna al mismo tiempo que se les acaricia el pelo mientras ellos fingen dormir, pero lo aceptan siempre y cuando esto no los coloque en una situación demasiado embarazosa ante sus compañeros.

Pese a esto, el trato con ellos no es fácil porque su búsqueda de una relación segura con el adulto muchas veces se realiza mediante el desprecio, un mecanismo de defensa desarrollado por el niño de la calle a partir de numerosas y desagradables vivencias con los adultos (Redl, 1979 en Ducker). Por ejemplo, había un niño que cada vez que intentaba saludarlo manoteaba mostrando su enojo, a veces decía claramente “a mí no me saluden” y en ocasiones decía entre dientes palabras que yo no entendía o prefería no entender. De cualquier forma insistí en saludarlo cada vez que los visitaba. Un día después de varios meses cuando extendí mi mano para saludarlo puso en ella una mandarina y me invitó a que me sentara junto a él, puso un cartón en el suelo “para que no te ensucies” me dijo. Esa fue la primera vez que pudimos platicar por un rato. Actualmente él busca saludarnos, cuando no lo hace y en un principio se muestra enojado, después se acerca para platicar o realizar una actividad con nosotros.

En ocasiones los chavos se comportan como si quisieran provocar nuestro enojo, nos arrebatan ciertos objetos personales o aprovechan algún contacto físico para lastimarnos. Pero cuando ya lograron captar nuestra atención se muestran amables y contentos.

Los adultos interpretan a veces estas conductas como rebeldía y agresión y rechazan al niño sin entender que muchas veces detrás de esa agresividad está el deseo de tener contacto. Como consecuencia son pocas y efímeras las relaciones positivas que el niño de la calle mantiene con ellos.

Lejos de sentirse protegido por los mayores, el niño se siente constantemente amenazado. El trato hostil que reciben de sus padres no termina cuando abandonan sus casas, en la calle encuentran un mundo adulto que en su mayoría los rechaza.

A veces en su deseo de sustituir al hogar perdido aceptan ser “adoptados” por personas que les ofrecen su casa y afecto. En muchos casos la ayuda no es desinteresada y el niño se vuelve víctima de la explotación y maltrato por otros adultos que no son sus padres. Con respecto a esto Ducker (1991, p.15) dice que la confianza original hacia los adultos por parte de muchos niños de la calle parece estar irrevocablemente dañada.

Esto puede explicarse si consideramos que desde que el niño nace ve en los mayores la fuente de seguridad y estabilidad que necesita. Sus padres se constituyen en su marco de referencia y si bien su visión del mundo no se conforma totalmente en sus primeros años de vida, los cimientos afectivos se establecen en la infancia, de modo tan sutil y penetrante que haber estado siempre allí (Stone, Church, 1981, p.103).

No es sorprendente entonces que al niño le sea difícil establecer nuevas relaciones con los adultos cuando la confianza original hacia ellos fue tan dañada. Aunque esto no impide que el niño busque en ellos la figura del padre o de la madre, la cual les ofrece, en el mejor de los casos la posibilidad de solucionar sus problemas (Ducker, 1991, p. 15).

En los “educadores de calle” buscan la figura de sus padres de hecho parecen sentirse más confiados con gente adulta que con chicos de su edad.

“Me gustaría que alguien me llevara a su casa para que así me alejara del vicio y que esa persona fuera regañona, pero no tanto. No importa que sea hombre o mujer, pero si son los dos mejor”

“Me gustaría una casa donde hubiera un educador y una educadora y me ayudaran y viviera yo con ellos...”

En muchas instituciones asistenciales se separa a las mujeres de los hombres y se les asignan educadores según el sexo del grupo. Los educadores deberían ser de ambos sexos, adultos maduros que pudieran representar para el niño la oportunidad de establecer nuevas y mejores relaciones con los adultos y la oportunidad de llenar el vacío afectivo que les dejó la ausencia de sus padres.

En varias definiciones del niño de la calle encontramos que “es un niño que ha perdido todo contacto con su familia”. Pero este no es el caso de diez países de América Latina en los que Ducker a realizado sus investigaciones. El dice que el niño no deja totalmente a su familia porque el proceso de separación que vive con sus padres le exige una gran fuerza. El niño está dispuesto a aguantar palizas y maltratos, se deja conducir a la criminalidad y la prostitución, pone en riesgo su vida y su salud por sus padres ... y siempre vuelve a ellos (Ducker, 1991, p.1).

En el grupo de niños de Taxqueña se ha observado que esto se cumple en casi todos los chicos.

“A veces cuando un camionero me da un aventón a Guerrero visito a mi mamá, me gusta verla aunque sea de lejos. Me gustaría regresar a mi casa pero mis papás nunca me han buscado, no han venido por mí, no les intereso”

“Me salí de mi casa porque mi mamá me pegaba muy fuerte con un cable de luz, mi papá también. Vivía en Iztapalapa, después de que me salí intenté regresar pero ya se habían cambiado. Quiero volver a ver a mis papás y a mis cuatro hermanos”

“Vivía con mis papás y mis cuatro hermanos. Me salí de mi casa a los 13 años yo fui el único que les di problemas a mis papás. No puedo llevarme bien con mi papá, él me pegaba mucho. A veces regreso a la casa pero vuelvo a pelear con él”.

A veces se piensa que si el niño salió huyendo de su casa, llevando consigo un pasado doloroso no querrá por ningún motivo volver a ella. Se cree que fácilmente conciben su vida en la calle, se apropian de ella y comienzan a vivir en ella como si fueran una pizarra en blanco. Pero esto no es así, son muy pocos los chicos que han aceptado que ya no es posible regresar con sus padres, que están convencidos que su lugar no está en una Casa-hogar y que han asumido completamente su vida en la calle.

Los niños de Taxqueña visitan y hasta se quedan por temporadas en casa de sus padres, no quieren perder definitivamente el contacto con sus familias, sueñan que sus seres queridos los busquen, los invitan a volver a casa y al regresar a ella la encuentren diferente, sin un padre o madre alcohólico, un padrastro o madrastra agrediéndolos, que no haya mas golpes y que en lugar de eso encuentren seguridad, amor y comprensión.

En los casos en que el niño se separa completamente de su familia, lo hace a través de la represión, manteniendo reprimidos los recuerdos que conserva a través de los años, de la relación con su familia (Boyden, 1988 en Ducker, p16). Los chicos en esta situación rechazan hablar de su pasado, la muestra mayor de esto es que ante cualquier pregunta directa sobre su origen, no contestan una sola palabra, ignoran las preguntas y habla de otro tema o se retiran del que interroga.

3. Los niños de la calle y la educación

La educación ocupa un lugar importante en la escala de valores del niño de la calle (Ducker, 1991, p.25). El quiere estudiar porque sabe que su aceptación en la sociedad mucho depende de ello, porque se le requiere un papel cuando busca un empleo, y lo más importante, porque él mismo se siente valorado cuando tiene la oportunidad de aprender o ir a la escuela.

A veces intenta estudiar y lo hace a través de las instituciones asistenciales, éstas tienen como uno de sus objetivos dar educación al niño callejero. Generalmente, algún profesor del Instituto Nacional para la Educación de los Adultos, les intenta dar clases y periódicamente les aplica exámenes para que obtengan su certificado de primaria o secundaria.

En varias ocasiones pude observar como las profesoras, quizás con la mejor intención, prácticamente resolvían el examen de los chavos con tal de que ellos pudieran obtener su certificado, tal vez con la esperanza de que esto ayudara al chico a obtener un empleo, o en el menor de los casos contribuir en algo a elevar su autoestima. Desgraciadamente esto no ocurre, porque el chico sabe perfectamente que él no obtuvo ese certificado sino que se lo obsequiaron y aunque en primera instancia acepta la complicidad que se da entre él y su maestro, y se muestra muy orgulloso porque aprobó el examen, después rechaza el regalo porque no significó para él un logro personal, ni fue el resultado de por lo menos un mínimo de esfuerzo. El chico no acepta el certificado porque no lo siente suyo, porque sabe que no es algo que el haya ganado, es más, el obtenerlo así, lejos de elevar su autoestima, lo hace sentir incapaz de aprender y conseguir por él mismo el reconocimiento que tanto anhela.

Quizás esto explica en parte, porque aunque les comunican que se les ha otorgado el certificado, los chicos no muestran interés por terminar el trámite y no lo recogen, ni parece que el tenerlo los motive a buscar un empleo o seguir estudiando.

En cierta ocasión presencié una discusión entre dos chicos, que comenzó cuando uno de ellos me platicaba que ya había terminado la primaria, otro chico que lo escuchaba se burló de él y comentó que le habían ayudado a hacer el examen, a lo que el primero muy molesto contestó que por qué se burlaba si a él también le habían ayudado, entonces los dos me miraron, se sintieron descubiertos, ambos parecían avergonzados.

La educación del niño de la calle no puede ser como la de un niño que vive en su casa. Para el niño de la calle resulta difícil adaptarse a la enseñanza de las escuelas normales. El querer que aprenda como cualquier otro niño nos lleva a una situación similar a la que mencionábamos con respecto al regreso a su hogar, porque el niño callejero por su estancia en la calle ya desarrolló formas de aprendizaje que lo hacen muy distinto a otros niños, querer integrarlo a un sistema educativo tradicional sólo le provocaría conflictos con sus maestros y compañeros.

Por eso es muy importante que al pensar en la educación del niño de la calle, se contemple que los educadores de calle conozcan el medio ambiente del niño y lo incorporen a su trabajo de tal manera que en el proceso educativo tomen en cuenta y se aprovechen las experiencias de aprendizaje y todos los conocimientos que el niño fue acumulando en todos los años de su vida en la calle (Ducker, 1991, p.57).

4. El niño de la calle y el sueño de una familia, su familia ideal

Los niños de la calle comparten muchos de los valores de la sociedad en la que viven y también los reproducen, aún aquellos que ellos mismos padecen y rechazan. Les molesta que las personas los eviten por su aspecto físico, generalmente sucio y desaliñado, y su adicción a las drogas. Ellos dicen “Hay gente que nos ve con tristeza, otros con miedo y se alejan lo más rápido que pueden ... como si les fuéramos a quitar algo”. En su enojo responden a las expectativas que se tienen de ellos, “La gente cree que le vamos a hacer algo y entonces si se pone pesada dan ganas de hacerle o quitarle algo”.

Sin embargo, aunque conscientemente rechacen ser tratados de esta manera inconscientemente sienten un autodesprecio. Por ejemplo, cuando hablan de las características que valoran en una mujer y sobre todo de la que quieren como pareja., la describen exactamente a la inversa de como ellos se conciben. Quieren una mujer que no sea viciosa, ni loca (que sea fiel), que esté limpiecita, que sea trabajadora y bonita. Algunos creen que no deben buscar a su pareja en el mismo grupo, porque eso, según ellos, los hundiría más.

La familia es un valor muy importante para ellos. Por eso el encontrar la pareja adecuada cobra un gran significado.

En los siguientes testimonios se pueden observar los valores que tienen con respecto a la familia, la mujer, el esposo, los hijos, y que seguramente fueron tomados como lo opuesto a lo que vivieron en sus propias familias.

“La esposa perfecta es la que tiene la ropa limpia, la que cuida a los niños, la que da de comer y tiene la ropa limpia”.

“Cuando esté grande me quiero casar y yo voy a trabajar y mi esposa se va a quedar en la casa a cuidar a los niños, voy a tener cuatro o cinco. Pero cuando ya tenga a mis hijos no voy a tomar ni a

drogarme porque no quiero que ellos anden después como yo. Eso si, tienen que estudiar a la fuerza”

Un chico dice que a su esposa le va a comprar ropa, zapatos, muchas cosas para que ella esté contenta. El dice que lo importante de una buena familia es que él tenga un trabajo seguro.

Quizás lo que más provoque el autodesprecio en ellos es su adicción a las drogas. Ellos no definen su adicción como una enfermedad sino como un “vicio”.

Una ocasión en un juego de preguntas y respuestas, a la pregunta, “si tuvieras el poder suficiente ¿que cambios harías en el mundo?, uno de ellos contestó: “quitaría a todos los chavos que andan allí con el activo”. Eso implicaría desaparecer a casi todos los chavos de la calle incluyéndolo a él.

Existen básicamente tres posturas con respecto a su adicción por las drogas.

Hay chicos para los cuales dejar la droga sólo es cuestión de voluntad, porque según ellos no son adictos y el día que se decidan dejarán de hacerlo.

“Empecé a drogarme cuando terminé la secundaria, yo dejo la droga por temporadas cuando me “clavo” en la mecánica o cuando tengo algo interesante que hacer, en realidad no soy adicto porque puedo dejarla en el momento que quiera”.

Cuando el chavo de la calle está interesado en algo, no le cuesta trabajo olvidarse de la droga. Aunque vuelve a ella al mismo tiempo que termina el entusiasmo que lo hizo abandonarla.

Para otros chicos, el dejar de drogarse está en relación directa con su permanencia en la calle. Ellos dicen que podrán dejarla cuando dejen de vivir en ella.

“La droga es mala, pero es muy difícil dejarla. Si quisiera dejarla para salir de aquí ... la dejaría si alguien me llevara a vivir a su casa, porque en la calle no se puede”.

Desgraciadamente su adicción no termina con sólo cambiarse de espacio físico.

Otros chicos reconocen su impotencia ante el problema porque a pesar de sus esfuerzos por dejarla les resulta muy difícil lograrlo.

“Ya no quiero entrarle al vicio, ya llevo 4 días sin hacerle, pero quiero y no quiero y siempre lo hago otra vez”

Aunque en cada chavo predomina alguno de estos tres discursos, casi todos coinciden en que la droga les perjudica y es algo que les gustaría dejar.

Las drogas que más usan son los inhalantes como el PVC, el thinner y el activo. Eventualmente utilizan marihuana y pastillas, pero la mayor parte del tiempo inhalan thinner o activo.

Los inhalantes resultan ideales para ellos por su bajo costo y por su fácil disponibilidad en las tiendas.

“El vicio se consigue fácil, trabajas unos diez minutos, sacas 9 pesos para la comida y 4 pesos para el vicio y ya la hiciste fácil”.

Los inhalantes son un fármaco potentemente exaltador del ánimo, las personas se sienten alegres y tienen un sentimiento de bienestar, producen sentimientos de grandeza y hay una mayor tolerancia al dolor (anestesia). Además provocan una disminución en el apetito y las personas se olvidan de comer. Los efectos pasan rápidamente y, para mantener el estado de intoxicación son necesarias repetidas inhalaciones (De la Garza, 1990, pp. 147-152).

“Ya con el chemo ni me acuerdo de nada, además se siente bien padre, siento como cosquillas, como que siento que me voy”

Como toda droga, les permite evadirse por lo menos parcialmente de la realidad, porque viviendo en la calle no pueden permitirse una evasión completa, pues esto pondría todavía más en peligro su vida.

Cuando un chavo desea ingresar a una institución asistencial, uno de los principales requisitos es que deje la droga. Pero parece que la preocupación porque el chavo se drogue, sólo existe cuando éste se encuentra dentro de dicha institución, porque se le permite salir y puede regresar a las instalaciones siempre y cuando no tenga olor de algún inhalante. Es más se le permite la entrada a alguna instalación aunque vaya drogado siempre y cuando deje en la entrada su botella de thinner, PVC , resistol, los cuales le son devueltos a la salida.

Un chico describía la forma en que introducían la droga a las Casa-hogares. Entonces un educador le preguntó ¿a poco no se dan cuenta?, el chico le respondió: “¿tú crees que no?, si saben, pero nadamás cuando los agarras de malas, entonces si te corren”.

5. El Grupo de niños de la calle

René Lourau afirma que el grupo real es la realización imaginaria de un deseo, que el grupo al igual que el sueño, es un debate con una fantasía subyacente. Desde el punto de vista de la dinámica del psiquismo el grupo es el sueño (Lourau, 1970, p.218).

El niño callejero ve en el grupo la posible realización de sus sueños, espera ser acogido y protegido por él, ve una fuerte y nueva estructura en donde los miembros son capaces de realizar cualquier tarea con sólo proponérselo. Si en los educadores de calle busca la figura de sus padres, en los miembros del grupo halla a sus hermanos. El grupo le proporciona un sentido de identidad y pertenencia que al abandonar su casa casi pierde por completo.

Este grupo de niños de la calle al que se integra posee una organización interna, aunque no lo parezca. Cuando uno se acerca a ellos y los ve juntos, se pregunta si en realidad son un grupo, si pensamos en la definición de Munné en la cual dice que para que exista un grupo este debe poseer una organización interna (Munné, 1980, p.93) la respuesta inmediata sería no. Viendo a los niños de la calle parece que ninguno se interesa por lo que hace el otro y que la interacción entre ellos es pobre; mientras unos duermen, otros comen, otros pelean, algunos trabajan y otros juegan y platican y a la par de estas actividades casi todos se drogan. No se percibe a simple vista pero tienen una organización interna, es cierto que en forma individual cada uno busca satisfacer sus necesidades, pero cuando deciden hacer algo como grupo lo hacen rápidamente, por ejemplo, si alguien les lleva comida y les dice que es para todos o si desean festejar algo, asumen ciertos roles, si en ese momento hay una mujer en el grupo la asignan para que sirva la comida y en la proporción que ella desee, otro de ellos va a conseguir los utensilios que se requieren, otros compran la bebida y algunos asumen el papel de vigilantes cuidando que todos alcancen alimento y que ninguno coma doble antes de que cada uno haya recibido por lo menos una ración.

No todos roban, pero los que lo hacen se organizan. Mientras unos roban, otros vigilan, después otros se encargan de vender lo robado o de repartirlo entre el grupo participante.

Cuando supimos esto pudimos comprender a lo que se referían cuando algunos nos decían que estaban desvelados porque “nos tocó vigilar”.

Como grupo en su fase de organización viven el “aquí y el ahora” y de la misma manera se organizan cuando necesitan realizar una tarea (Lapassade, 1977, p.274). Su falta de planeación está relacionada con lo impredecible de su existencia, un día pueden estar en su espacio (la calle) y al otro en la cárcel, en el hospital, en algún albergue o Casa-Hogar; en cualquier momento deciden ir al norte a tratar de cruzar la frontera o deciden visitar a su familia en algún Estado. El hecho de que su vida esté tan llena de peligros hace que busquen vivir de forma intensa haciendo todo cuanto quieren en el momento en que se les presenta la oportunidad por temor a que después no exista otra.

Tienen una gran capacidad para organizarse solos, por lo que resulta inútil que alguien externo al grupo quiera coordinarlos. Una ocasión en que les regalaron un pastel y nosotros estábamos presentes, yo quería pedirle a uno de ellos que fuera a conseguir platos leche y vasos, mis compañeras y yo queríamos hacerles algunas sugerencias, pensábamos que no sabrían que hacer con su pastel al que traían de un lado para otro. Ellos no aceptaron ninguna de nuestras sugerencias y en unos minutos cada uno tenía su rebanada de pastel y su vaso con leche, ya hasta habían acordado quiénes recibirían las figuras de payasitos que decoraban el pastel. Pese a que antes de su llegada habíamos estado platicando, mientras se organizaban nos ignoraron.

Por lo anterior, el educador de calle cuando se acerca a ellos con el fin de ayudarlos, comete un error al querer ordenar lo que para él está desordenado, al querer asignar tareas y poner reglas casi desde que establece el primer contacto con ellos. Un día al ir a jugar basquet con algunos de los niños, un perro que les pertenecía nos siguió, no dejaba jugar y uno de los educadores dijo: “para la

otra vez que vengamos no traigan a Bocanegra”, entonces uno de los niños se molestó mucho y dijo: “aunque no queramos nos sigue y como si queremos, si quieres salir con nosotros o jugar él tiene que estar, pues está y es de nosotros”.

En el grupo existen reglas que son respetadas por todos, el robo entre ellos mismos, a no ser como parte de un juego, no es permitido, el que lo practica es rechazado por el grupo, si después de varias llamadas de atención (golpizas) continua haciéndolo se arriesga a ser expulsado de éste.

Una de sus reglas es no admitir a niños pequeños en el grupo porque según dicen, se constituyen en pretextos para que los policías los lleven a la delegación acusándolos de pervertir a menores. Cuando algún niño pequeño se quiere integrar al grupo los demás tratan de convencerlo para que se vaya a alguna Casa-Hogar, de no lograrlo, lo espantan contándole lo mal que le va a ir si se queda con ellos, todos le muestran un abierto rechazo, lo insultan y le pegan hasta que consiguen que se vaya.

Un día conversando con un chico acerca de las riñas en el interior del grupo me dijo: “cuando hay un pleito primero tienes que averiguar que pasó, hay unos cuates que son gandules y les pegan a los más chicos, pero antes de meterte tienes que ver como estuvieron las cosas”. Por cierto en estas peleas entre ellos, no se lastiman seriamente, cuando alguien es herido de gravedad (generalmente con objetos punzocortantes), es porque peleó con alguien ajeno al grupo.

El respeto por la vida de otro miembro del grupo es un valor entre ellos. Un chavo me platicó de un chico perteneciente a otro grupo de niños de la calle que estaba en el reclusorio porque mató a uno de su misma banda. Como una frase lapidaria dijo: “Que Dios lo perdone porque mató a uno de su propia banda” por el número de veces que repitió esta frase me di cuenta del gran significado que tiene la lealtad entre ellos mismos. Uno de los chicos hablando de las peleas en el grupo, comparó a

éste con una familia “somos como una familia, nos conocemos, vivimos juntos, no es que nos perdonemos, sino que así es, te hacen de todo, pero te aguantas”.

Aparte del lenguaje común tienen códigos que fueron creados colectivamente para beneficio del mismo grupo, estos códigos les permiten comunicarse y protegerse en las difíciles condiciones en las que viven, por ejemplo, usan números que les permiten advertirse cuando están los granaderos o judiciales, así, basta con decir un número para que todos escondan sus “monas” (servilletas o trapitos empapados de activo) y disimuladamente se retiren del lugar.

Necesita y de hecho desarrolla habilidades en la calle que le permitan reconocer el peligro en cualquiera de sus formas, se vuelve desconfiado y agresivo porque sabe que es la única manera de sobrevivir en ella. En este aspecto es importante señalar que cuando un niño no parece lo suficientemente apto para vivir en la calle, es rechazado porque pone en peligro la seguridad del grupo, en una vida tan llena de sobresaltos en donde se requieren respuestas rápidas, ningún miembro del grupo debe constituirse en una carga para los demás. Un chico se quitó el yeso antes de tiempo porque dijo: “ya hasta se me había olvidado cómo caminar y así no puedes estar aquí”. De hecho, hay algunos chicos que frecuentemente golpean a otros sólo “para que se curtan” como dicen ellos.

Por eso, aunque existe una fuerte solidaridad entre los miembros del grupo cada uno sabe que su seguridad depende de él mismo. No hay nadie que se responsabilice por todos así como no hay nadie a quien haya que rendir cuentas, “la soberanía está en cada tercero, en todas partes y en cada cual. El jefe es cualquiera y nadie; cada cual posee la casi soberanía (Lapassade, 1977, p.274).

El poder que algún miembro pueda tener está determinado por su habilidad física para defenderse y de las posesiones que tenga. Así, el poder puede pertenecerle momentáneamente al que posea droga, dinero, algún alimento o ropa. Pero a su vez éste está condicionado por la voluntad de cualquier otro que debido a su superioridad física logre someterlo. No puede hablarse de que exista un líder porque resulta muy difícil que los niños de la calle, acostumbrados a no obedecer a nadie, se sometan voluntariamente a otros. De hecho, repetidamente señalan que ese es uno de los motivos por lo que les agrada la calle.

Por esta razón resulta difícil que puedan organizarse en un sólo grupo capaz de presentarse como una fuerza política. Debido quizás a que no tienen una clara conciencia de sí mismos como fuerza o posibilidad de cambio. En todos los niveles se sienten incapaces de modificar algo o intervenir siquiera en la gran máquina de la estructura social y al final se sienten arrastrados por la corriente sin alcanzar una verdadera responsabilidad, acabando por acomodarse ante la realidad del medio absorbente (Bosco, 1988, p.24).

El niño de la calle sólo se concibe como parte de un grupo en el sentido en que se manifiestan con una estructura propia, pero no como un grupo que explícitamente tenga definidas metas u objetivos que alcanzar de manera conjunta, aunque en ciertas ocasiones en forma esporádica lo hace. Esto no niega que de manera implícita estén juntos por un objetivo en común: sobrevivir en la calle. Esa supervivencia no se limita a la obtención de cosas materiales como el alimento o la ropa, sino al poder llenar espacios afectivos y cubrir la necesidad de pertenencia que todo individuo tiene.

Capítulo III

1. Las Instituciones Asistenciales

Las primeras instituciones de tipo asistencial de que se tiene conocimiento, fueron la llamada padre de huérfanos, creada en 1337 en la Ciudad de Valencia, por el rey Pedro IV de Aragón; y la institución Toribios de Sevilla, que fundó Toribio Velasco en 1725 (Mixuero,1977,p.1)..

En México la asistencia social se observa desde el tiempo de los aztecas, ellos contaban con una asistencia integral a la persona desde su nacimiento hasta su muerte. La comunidad se hacía cargo de los huérfanos. En 1523 se fundó en Texcoco, la primera Escuela para Niñas. Vasco de Quiroga fundó la casa de niños expósitos en 1532. Es en el siglo XVIII que nace el concepto de Casa Cuna y el Asilo para pobres, por orden del rey de España Carlos III. Posterior a la independencia, Valentín Gómez Farias principia en 1861 la Beneficencia Pública. Porfirio Díaz decreta en 1899 la primera Ley de beneficencia Privada con financiamiento estatal, que se empieza a aplicar en 1920.

En 1929 se formó la Asociación Civil de Protección a la Infancia, cuyo objetivo era prestar asistencia y amparo a la niñez de escasos recursos. Después en 1937, el Presidente Lázaro Cárdenas, establece la Secretaría de Asistencia Pública que después, en 1943, se convertiría en la Secretaría de Salubridad y Asistencia. Que tenía como objetivos básicos el cuidado de la niñez, sus familias y comunidades con carencias graves.

En las décadas de los 40's también surgieron instancias que tenían como objetivo primordial, brindar orientación a los menores infractores pero desde una perspectiva asistencial. Estas instituciones pronto se transformaron en instituciones de carácter punitivo más que asistencial hasta que dieron origen a los actuales Consejos Tutelares para Menores.

Estas instituciones han trabajado bajo el supuesto de que al sacar al niño de un medio social enfermo, carente, miserable, es una medida que puede resolver carencias y orientar conductas. De esta manera la institución transformaría la condición del niño por el simple hecho de internarlo (Azaola, 1990,p.63). Este pensamiento está presente en los programas que se crean para ayudar al niño de la calle en donde, el objetivo primordial es lograr que éste acepte vivir en alguna casa-hogar hasta que pueda “reintegrarse a la sociedad”.

Cuando se habla de reintegrar a los niños de la calle se les está viendo como un grupo de individuos que de alguna manera se han salido de la norma y se han separado de la sociedad por causas ajenas a ésta. Lo primero es cierto, pero lo segundo no. Porque los niños de la calle son producto de la sociedad, y por lo tanto, parte de ella. Viven y se desarrollan dentro de una sociedad por más que ésta quiera negarlos o esconderlos.

Rodríguez (1991, p.115) señala que “los sistemas y organismos asistencialistas son la forma instituida por la sociedad y el Estado - más que para resolver el problema - para la expiación de la culpabilidad”.

De una culpabilidad que se relaciona con la molestia de confrontarse a diario con la imagen de la pobreza, o del estar consciente de que las situaciones críticas de la infancia callejera no son compatibles a la dignidad humana .

Pero las instituciones esconden o exhiben a los niños de la calle según les convenga. Hemos podido observar como ante el inminente paso por la zona de Taxqueña de alguna personalidad, se acude al poder judicial para que realice racias, se lleve a los muchachos y la zona quede “limpia”. En el mejor de los casos se pide a las instituciones asistenciales que organicen algún evento que atraiga a los chavos y se vayan del lugar.

Pero no siempre se les esconde, a veces les conviene exhibirlos, cuando se tratan de mostrar quizás los logros o el trabajo realizado con los niños de la calle por alguna institución.

Ellos perciben ambas situaciones, y en ambas piden algún beneficio por la complicidad. Por ejemplo, reciben una cantidad de dinero de los judiciales, como paga por dejarse agarrar y permanecer unos días encerrados en la Delegación. En el segundo caso disfrutaban de los paseos y comidas que se le ofrece a cambio de su colaboración.

Cuando los representantes de las instituciones asistenciales llevan a otras personas, generalmente extranjeras, para verlos. Los chavos se muestran amables y participativos, aceptan que les tomen fotos (lo cual no permiten de personas que desconocen) y no desaprovechan la oportunidad de obtener algún dinero o comida para ese día. En ocasiones los chavos sólo se sienten usados, y les enoja no recibir parte de la ganancia que suponen tienen los representantes de las instituciones asistenciales.

En una ocasión refiriéndose a varios extranjeros que a través de una institución los visitaban uno de los chavos dijo: “estos gringos parecen tontos, nada más los traen (los representantes institucionales) para que les den dinero, pero a nosotros no nos dan nada. Hay Casas-hogares a las que les dan mucho dinero según para que nos den cosas y nos ayuden, pero no nos llega nada”.

2. Las Organizaciones no Gubernamentales

Uno se preguntaría, si la sociedad niega o ni siquiera percibe la existencia del niño callejero, porqué existen tantas instituciones que buscan ayudarlo, y más aún, por qué si los niños de la calle han existido desde hace muchos años en México, hace apenas dos décadas que se volvió la mirada a ellos.

Hay dos acontecimientos que en parte explican esto: la promulgación de los derechos del niño en 1989 y la aparición de las organizaciones gubernamentales (ONGs).

A partir de los 70s hay una fuerte reacción ante el problema del niño callejero aparecen una gran cantidad de estas instituciones que buscan proporcionar asistencia social a la niñez desprotegida, entre ellos, los niños de la calle.

Arellano(1994) describe la trayectoria de las ONGs y su proliferación en América Latina durante las décadas de los 80s y 90s.

En los 70s las ONGs representaban espacios institucionales mediante los cuales los grupos sociales se expresaban políticamente. En esta década apoyaron las organizaciones de las comunidades y participaron en movilizaciones sociales. El trabajo que realizaron con organizaciones populares durante los 70s les creó buena reputación, además de que se les consideró funcionales por el simple hecho de pertenecer al sector privado. Esta confianza se reflejó en el problema de los niños de la calle de tal manera que se creyó que éstas sí darían respuestas eficaces al contrario que las instituciones gubernamentales.

En los 80s las ONGs proliferaron en gran manera, los factores que contribuyeron a esta expansión fueron la crisis económica en los países latinoamericanos, los cambios en las políticas estatales que presentaron a las ONGs como alternativas a las agencias del Estado en sus esfuerzos por aliviar la pobreza y promover el desarrollo.

La instalación de gobiernos formalmente democráticos en los 80s y la imposición de programas de ajuste estructural que originaron la consolidación de las políticas económicas neoliberales las cuales fueron patrocinadas por el Fondo Monetario Internacional, los bancos multilaterales de desarrollo y los donantes bilaterales principales. La disponibilidad de fondos de los donantes internacionales provocó la explosión de nuevas ONGs creadas expresamente para explotar esos recursos financieros.

Cuando las ONGs se convierten en captadoras de grandes recursos y se someten a controles financieros por parte de las agencias monetarias tales recursos, tienden a volverse más burocráticos y a parecerse más a los organismos gubernamentales y a los donantes internacionales para los que supuestamente representan una opción.

Este flujo de recursos ha provocado una gran competencia entre las ONGs para convertirse en clientes favorecidos de los donantes internacionales. En esa competencia, haciendo alusión a que trabajan estrechamente con los pobres y con la ayuda de los donantes internacionales han usurpado el espacio político que una vez perteneció a las organizaciones populares.

La preferencia de los donantes internacionales para financiar las ONGs en nombre del bienestar social y del alivio de la pobreza, aumentó el consecuente aislamiento político de los pobres.

3. El programa oficial para niños de la calle

El programa para niños de la calle que elaboró el DDF junto con otras organizaciones asistenciales tiene como objetivo central la atención de los niños de la calle en su propio entorno “con ello se pretende ofrecer todos los servicios de salud, de educación, de protección jurídica, de subsistencia y naturalmente de inducción a los valores sociales, que faciliten su incorporación al hogar o su institucionalización, según sea el caso” (La niñez compromiso de todos, 1992, p.18).

Según los objetivos de este programa, aparte de ofrecerle al chavo una protección integral en la misma calle, se buscará que en la interacción niños-representantes de las instituciones asistenciales, se les inculquen a los primeros “los valores sociales” para que sea fácil incorporarlos a su hogar o a una institución, según sea el caso. ¿Es que acaso se cree que los niños de la calle no tienen valores sociales?

En primer lugar, el niño de la calle no desconoce los “valores sociales” y ya hablamos de que hasta los reproduce.

Lo que se puede inferir de los objetivos de este programa, es que se piensa que es el desconocimiento de esos valores lo que ocasiona la permanencia del niño en la calle, pero en cuanto los conozca y acepte el chico va a cambiar toda su perspectiva de vida.

Por ejemplo con qué derecho se trata de convencer a un chico de que regrese a vivir a su casa porque “lo ideal es que vivan con su familia”. Me imagino lo absurdo y lejano que debe sonarle tal discurso al niño de la calle, y que doloroso debe ser también cuando “inducido por esos valores sociales” regresa a su casa sólo para comprobar que ya no puede permanecer allí.

Y no es que considere que la institución familia sea algo negativo, sino que no podemos considerar a priori que el estar con la familia es lo mejor para un individuo, y mucho menos cuando en un intento de supervivencia él decidió alejarse de ella.

Algunos representantes de las instituciones por ignorancia y por imponer su propia escala de valores al niño de la calle. Hacen del regreso del niño a su casa, su ideal y de su institucionalización lo mejor en caso de fallar lo primero. Pero después de escuchar las razones por las cuales abandonaron sus casas y analizar un poco lo que debió haber sido su vida con sus familias, ya no se puede pensar igual, el educador empieza a ser educando, porque si es honesto debe reconocer, a veces su ingenuidad, lo rígido de sus esquemas que no le permiten ser flexible y aprender de una realidad que él desconocía. Debe aprender a escuchar lo que el niño tiene que decirle, antes que hablar como si él supiera más que nadie lo que al niño le conviene.

Es indignante que en los programas para niños de la calle se mencione el profundo análisis que se realiza de la dinámica familiar antes de decidir si el chavo puede regresar a su casa, y que en la práctica algunos “educadores de calle” sin el menor estudio del caso lleven continuamente a los niños con sus familias, sólo porque eso representa el aumento en sus listas de niños “reintegrados a la sociedad” que periódicamente presentan a sus superiores y con los cuales justifican su trabajo.

He podido ver como en sus frecuentes retornos y salidas de su casa. Un mismo niño se ha “reintegrado a la sociedad” varias veces en un corto periodo de tiempo.

4. Los educadores de calle

Una vez que ya se tenía elaborado el programa para niños de la calle de la ciudad de México, hubo la necesidad de pensar en los aplicadores de éste. Para ello se seleccionaron 300 jóvenes profesionales quienes fueron becados para tomar un curso de especialización con nivel de diplomado, en la Universidad Iberoamericana y cuya duración fue de 180 horas.

El proceso de selección consistió en el análisis de personalidad del postulante, sus valores con respecto a los problemas sociales, sus habilidades y destrezas y especialmente su interés por atender menores de edad (La niñez compromiso de todos, 1992, p.18)

Este curso tenía la finalidad de dar a conocer a los futuros educadores el contenido y los requerimientos del programa de educación de calle. Se consideró el esquema teórico-conceptual del problema, así como la reflexión del trabajo del educador de calle, las alternativas de atención en instituciones asistenciales en la Ciudad de México y los elementos teóricos necesarios para apoyar el trabajo (La niñez compromiso de todos, 1992, p.19).

El esquema “teórico-conceptual” es algo que creo que debería revisarse ante el problema de los niños de la calle, analizar esos “elementos teóricos” en los que está basado el trabajo en la calle. Llama la atención que a pesar del fracaso de estos elementos teóricos. Se continúen aplicando programas que no han representado un impacto real al problema.

Creo que sería importante conocer cuáles fueron sus hipótesis iniciales, así como las variaciones en éstas y especialmente conocer, cuáles han sido las conclusiones que los han llevado a mantener casi intacto el programa inicial.

En cuanto a los encuentros entre educadores de calle, donde se proponía discutir y analizar el trabajo con los niños. En muchos casos, más que encuentros parecen desencuentros. Porque existe una fuerte disputa interinstitucional por los “niños de la calle”.

Cada educador defiende su postura pero a veces descalificando la del otro, en ocasiones debido a que unos creen saber todo sobre el niño de la calle.

Otros dicen ser mejores por el número de niños que están en sus Casas-hogares. El representante de una institución continuamente dice: “yo soy el que más chavos tiene, porque yo sí comprendo a los chavos, viví tres meses con ellos y uno en la correccional. Tengo 300 niños, 20 casas y 100 trabajadores conmigo”.

Se percibe una tendencia de apropiación por parte del educador. Este se adueña de una zona y de los chavos y se molesta cuando según él, otros educadores bloquean o interrumpen procesos que supuestamente estaba llevando con un chico o chicos.

5. El niño y los educadores de calle

Los niños de la calle sienten cierto respeto y agradecimiento por las instituciones asistenciales, las valoran y se someten a la normatividad que les imponen en cuanto que reciben beneficios de ellas. Llama la atención la urgencia con la que tratan de ubicar a cada persona que muestra interés por ellos. Inmediatamente quieren saber si van a recibir algo ya sea en forma inmediata (dinero, diversión, comida, ropa); o a mediano plazo el derecho a usar las instalaciones de un albergue o casa-hogar.

Ellos hacen el interrogatorio inicial, el educador en los primeros contactos sólo tiene derecho a contestar. El primer día que los vimos nos rodearon tres chicos, después vinieron otros cuatro, todos hablaban a la vez, las preguntas que nos hicieron fueron: ¿De dónde vienen? ¿Son de Visión Mundial? ¿Tienen Casa-Hogar? ¿Qué nos van a dar? ¿Qué quieren?. Mi amiga y yo tratábamos de responderles a todos, ellos se mostraban impacientes esperando nuestras respuestas.

Cuando les dijimos que no teníamos Casa-Hogar y que sólo queríamos hacernos sus cuates, la mayoría se retiró extrañado. A los dos chicos que se quedaron les preguntamos si podíamos regresar otro día con algunos juegos de mesa, ellos nos sugirieron llevar dominó y baraja. Mientras nos despedíamos nos pedían “chescos”, tortas, algún pantalón que nos sobrara o una moneda. Cuando les dijimos que no teníamos dinero uno de ellos nos dijo “bueno ya váyanse” y se regresó con los otros chicos. Lo único que pudimos saber de ellos en esa ocasión fueron sus nombres, falsos por supuesto.

Para el niño de la calle educador es todo aquel que trabaja para una institución y así le llama desde el primer momento aunque las personas nunca se hayan identificado como tales. nos dimos cuenta

de ello en las siguientes visitas cuando nos presentaban con los chavos que no nos conocían como educadores de calle de “cuatro caminos”, en realidad les dijimos que éramos estudiantes y que pertenecíamos a la Fundación Encuentro de Caminos en aquel entonces nosotros ni siquiera teníamos claro que era un educador de calle.

El mismo niño se sitúa y acepta su rol de educando aunque concretamente no vea resultados de esa “educación” y muchos menos la acepte. Se expresan de los educadores como “los que nos vienen a educar” pero fuera de las clases que toman cuando quieren, con una profesora del INEA, no permiten que nadie les diga cómo tienen que comportarse o qué deben hacer.

Distinguen perfectamente a las personas que van a verlos por curiosidad o por realizar una tarea escolar; de los que creen tener el mejor plan para ayudarlos a dejar de vivir en la calle. Además de que los ubican muy bien saben como tratar a unos y otros. A ambos les piden algo a cambio de su colaboración, a los primeros les tienen consideración y les dan unos minutos de su tiempo a cambio de algún dulce, se sientan con ellos y contestan a sus preguntas. Les cuentan la versión oficial de su vida, y de vez en cuando se asoman a ver las hojas del que escribe como si verificaran que esté tomando nota de todo.

Cuando el educador le pregunta acerca de su vida familiar el niño rechaza hablar del asunto mostrando enojo o angustia, o narra fantásticas historias del hogar que tuvo y lo feliz que fue en él, con esta respuesta parece burlarse de sí mismo y del que le pregunta. Algunas veces acostumbrado a los mismos cuestionamientos por parte de los representantes institucionales responden lo que de antemano saben que el entrevistador espera escuchar. Goffman (1963, p.36) cuando habla de los grupos desventajados dice que “éstos elaboran una historia sobre ellos mismos y sus sensaciones

ante los normales que torpemente les profesan simpatía, hasta que la historia hace patente que se trata de una pura invención”.

Por algunas semanas estudiantes de Trabajo Social quisieron trabajar con ellos, dijeron que su intención era integrarlos como grupo. Así que planearon jugar con ellos unas veces fútbol y otras basketball, antes de empezar cada juego los chicos preguntaban ¿qué me vas a dar porque juegue? las chicas respondían que una paleta o un caramelo, después de esto los chicos comenzaban el partido.

Al que designan “educador” le exigen más; primero, porque consideran es su obligación, segundo porque creen que cuentan con más recursos, y tercero porque se da cuenta que ellos significan beneficios para los representantes de las instituciones. Aunque no saben exactamente en qué consisten estos beneficios, se saben necesarios, perciben un gran interés de parte de los educadores para que participe en las actividades que han planeado para ellos, por ejemplo, ellos condicionan su participación y establecen las reglas, si queremos que hagan algo.

En una ocasión los invitamos a participar en un mundialito organizado por una institución asistencial para los niños de la calle del Distrito Federal. Después de explicarles en qué consistía el campeonato les dijimos que si querían ir, nosotros nos comprometíamos a llevarlos al lugar pero que ellos debían pagar sus pasajes y que además debían abstenerse de llenar cualquier tipo de droga. En ese momento dijeron que sí, pero al día siguiente al pasar por ellos todavía estaban dormidos, les insistimos para que se levantaran y los animamos para que asistieran a la competencia, después de un rato nos dijeron que sí iban pero con “chemo” (cemento) y siempre y cuando les pagáramos sus pasajes “si quieren” nos dijeron.

Por esto al quedar implícitamente definida su relación con éstos, negocia y la información y la participación se convierten en mercancía que se vende a diferentes precios dependiendo del “cliente”.

Conclusiones

Creo que hay un gran desconocimiento con respecto al niño de la calle, el mismo término es confuso porque uno espera ver a una población de niños de menores de nueve años, y la realidad es que el mayor porcentaje de menores callejeros es adolescente. Por otro lado, creo que el término “niño” a sido explotado cuando se quiere obtener algún beneficio económico.

También bajo este nombre se incluye a los niños que trabajan en las calles pero que mantienen vínculos con su familia, escuela, y comunidad, que no han hecho de la calle su lugar de residencia. Y por lo tanto no pueden ser considerados como niños de la calle.

Esta confusión se debe a que hasta ahora se ha considerado población en riesgo a los niños que trabajan en la calle; pero según las estadísticas (Programa de Atención al Niño Callejero de la Ciudad de México, 1992, p.4), existen en el Distrito Federal 90% de niños **en** la calle contra un 10% de niños **de** la calle. Lo cual nos dice que la población de niños de la calle no proviene del primer grupo, a menos que una gran cantidad de ellos muera.

Yo me inclino a pensar que los grupos pese a compartir el mismo contexto de pobreza, son muy distintos entre sí.

La no distinción de ambos grupos ocasiona que el programa que realizó el Gobierno con el objeto de mejorar las condiciones de vida del niño callejero, plantee unos objetivos igualmente confusos.

Su plan de acción está encaminado a un asistencialismo más que a una preocupación seria por ir a la raíz del problema.

El Estado ha delegado su responsabilidad en las organizaciones no gubernamentales para que se hagan cargo de solucionar el problema de los niños de la calle.

Como ya vimos existen muchas ONGs trabajando en México en favor de los niños callejeros, todas con la comisión de evitar que los niños sigan viviendo en las calles.

Considero que en algunas de ellas hay una fuerte convicción de que el internamiento del chavo es la mejor alternativa que se le puede ofrecer. Pero si hasta ahora los resultados no han sido favorables y la población de niños callejeros sigue creciendo ¿no será tiempo de probar otros métodos de intervención?. Ducker (1991, p.23) propone que no se insista en encerrar al niño de la calle y que mejor se aproveche su experiencia en la calle para que él mismo reconstruya su vida, dice que acompañemos al chavo sin querer conducirlo, que lo dejemos organizarse, -porque puede hacerlo-, para que tome las riendas de su propia vida.

Ahora bien, como las instituciones se han dado cuenta del fracaso de la institucionalización del niño, - Lo cual no quiere decir que hayan dejado de creer que es lo mejor para él -, han optado por la creación de albergues, lugares en que los chavos de la calle pueden estar con un menor compromiso, que cuando aceptan internarse en una Casa-hogar.

Estos lugares han resultado verdaderos hoteles para el niño callejero. Acude a ellos para dormir, bañarse y lavar su ropa. Considero que pese a la ayuda que esto representa para el niño, esta forma de operar de los albergues, sólo ha contribuido a que el niño se perciba como una víctima de la sociedad (que si lo es), pero que le imposibilita el verse a sí mismo como responsable de su propia transformación, esto no significa que acepte los valores que tratan de imponérsele, sino que se crea capaz de luchar por mejorar sus condiciones de vida, y que crea que merece llevar una vida digna a pesar de no pertenecer al esquema del niño normal que es aceptado por la sociedad.

Cuando el educador se aproxima al chico con la idea de que el niño lo merece todo, y lo trata como un individuo incapaz de hacer algo por sí mismo. El niño de la calle lo capta y actúa en consecuencia. A veces exige que los demás lo mantengan y considera una obligación que la gente y especialmente el educador, supla todas sus necesidades.

Ducker señala que el niño de la calle no debe obtener ningún tipo de ayuda material para sus necesidades vitales primarias, dice que la comida, la vestimenta y el fútbol se deben obtener trabajando, como es lo normal cuando se vive en la calle (Ducker, 1991, p.28).

Por esta razón me parece importante que se consideren los programas en los que se concibe al niño de la calle como un individuo autogestivo, y que parece han dado resultado en otros países de Latinoamérica. En México aún no se ha contemplado otra opción fuera de la institucionalización.

Termino este trabajo con más interrogantes que con las que empecé. Yo misma no sé que tan viable sería echar a andar un programa como el que propone Ducker, en la cultura mexicana. Lo que si creo, es que vale la pena estudiarlo a fondo e intentar llevarlo a cabo con los chavos mexicanos.

Considero que de no haber cambios substanciales en la visión de las instituciones a favor del niño callejero, se continuará con un círculo vicioso en el que los niños fingen que son rescatados y las instituciones fingen ser salvadoras. Pero más aún, si como sociedad no aceptamos que el problema de los niños de la calle, es un problema que tiene su origen precisamente en la sociedad y que por ello los programas tienen que ser más de prevención que de intervención al problema y que nos corresponde a todos buscar su solución, continuaremos culpándonos unos a los otros por el mal trabajo de los demás pero sin atrevernos a realizar el propio.

Por último, considero que una vez que un chavo conoce la vida en la calle, es muy difícil que opte por una vida diferente. La libertad que él dice tener viviendo en ella, es el principal motivo por el que no acepta la normatividad que le impone una institución asistencial o su propia familia, en caso de que tenga la opción de volver a su casa. Por ello creo que los interesados en el problema de la niñez callejera no deberíamos detenernos tanto en la población que actualmente está en las calles, como en detectar las zonas expulsoras de niños y trabajar con ellas, para idear programas de tipo preventivo y asistencial que ayuden al niño en riesgo de ser expulsado de su hogar, antes de que la vida en la calle por difícil que sea, le parezca la mejor opción.

Bibliografía

Arellano, S. Petras, J. (1994, Enero-Febrero). La ambigua ayuda de las ONGs en Bolivia. Nueva Sociedad. 129:72-87

Aries, Philippe (1987). El niño y la vida familiar en el antiguo régimen. Madrid, Taurus.

(1989). Historia de la vida privada. Madrid, Taurus.

Ariza, Marina (1994, Enero-Febrero). Familias y Pobreza. Nueva Sociedad. 129: 90-103.

Azaola, Elena (1990). La institución correccional en México: una mirada extraviada. México, Siglo XXI.

Basaglia, Franco (1984). La mayoría marginada. México, Laia.

Browne, C., Cohn, T. (1958). El estudio del liderazgo. Buenos Aires, Paidós.

Don Bosco (1988). Niños y Educadores del Artesanado Salesiano. México.

Ducker, Vwe (1991). Los niños de la calle latinoamericanos. “Un diagnóstico psicosocial un programa pedagógico y sociopolítico”. República Federal Alemana.

Espert, Francisco (1989). Apertura y Humanización Institucional. No. 7 Bogotá,

Latina y el Caribe.

Espínola, Basílca et. al. (1989). Menores trabajadores de la calle de Asunción. En la Calle. 4:

Fischer, Gustave (1992). Campos de intervención en psicología social. Madrid, Narcea.

Freire, Paulo (1985). Los educadores de calle: una aproximación crítica. Oficina Regional
Para América Latina. 10-14

Fundación Encuentro de Caminos (1995). Reporte de la Segunda Etapa del Proyecto
Investigación-Acción. México.

García, Emilio (1990). Infancia, adolescencia y control social en América Latina. Buenos Aires,
Depalma.

(1992). La Condición Jurídica de la infancia en América Latina. Buenos Aires,
Galerna.

Gelis, Jacques (1989). "La individualización del niño". En Aries, P. Historia de la vida privada.
Madrid, Taurus.

Goffman, Erving (1970). Estigma: la identidad deteriorada. Buenos Aires, Amorrortu.

Lapassade (1977). Grupos, organizaciones e instituciones. Barcelona, Granica.

Meixueiro, Gonzálo (1977, Julio-Diciembre). Los Consejos Tutelares y los Menores Infractores.
Criminalia. Año 43, 7-12:49-58.

Mendel, Gerard (1971). La descolonización del niño. Barcelona, Ariel.

Munné, Federico (1980). Psicología Social. España, Ceac.

Rodríguez, Mirian (1994 Enero-Febrero). La construcción social de la infancia delinuyente.
Nueva Sociedad. 129:152-163.

Rodríguez, Jose Luis (1993). Metodología Participativa. México, FULCO, A.C.

Padilla, Antonio (1991). La identidad de los menores callejeros. Filo Rojo de México. 9:44-45.

Schwartz, H., Jerry, J. (1984). Sociología Cualitativa. Método para la reconstrucción de la realidad.
México. Trillas.

Stone, J., Church, J. (1981). Niñez y adolescencia. Buenos Aires, Paidós.

Secretaría de Protección Social (1992). Programa de atención al niño callejero de la Ciudad de México. México.

UNICEF (1990). La naturaleza especial de la infancia. La infancia y el medio ambiente. Ginebra,
PNUMA. 5-14.